

10-Sept-92

La Caricatura

15 Céntimos

Año 1-Ñúm 8

IAQUELLOS TIEMPOS!

TRES EPOCAS



Cómo era la mujer primeramente.



—Cómo fué después.



—Cómo es hoy, (y ustedes perdonea.)

A. PONS

Lit-MENEZ-Isabel la Católica, 25. Madrid.

CONCURSO DE FEOS

SEÑORAS:
El sexo feo corre inminente peligro de dejar de serlo.

Ya los síntomas que denotan en el hombre un lento pero continuo embellecimiento, son alarmantes.

A la fealdad franca y noble de otros tiempos, ha sucedido una fealdad hipócrita y solapada, que se abriga en la peluquería con todo género de rebozos.

Hay varón indigno que se retrata una vez al mes; otro, que suele presidir el Consejo de ministros, se echa el abrigo al hombro para disimular la curva de la espina; tal otro descansa siempre la cabeza sobre la palma de la mano, por saber que tiene la mano bonita; los hay que hacen visitas sólo el día en que se afeitan; y ustedes conocen a un diplomático extranjero que, no contento con pintarse, duerme con los pies atados a los de la cama, y sujeto por debajo de los brazos a la cabecera, con objeto de ir ganando en estatura.

Como ustedes al mismo tiempo van tomando las maneras y las costumbres de los hombres, estamos abocados a la más espantosa confusión de sexos, y se hace preciso que el feo vuelva por sus antiguos fueros.

LA CARICATURA, encargada de velar por los bizcos, los tuertos, los guñinos, los mellados, los pecosos, los chatos, los narigudos, los calvos cómicos, (es decir, los que tienen calva cómica), los orejones, los enjutos, los carrilludos y demás fuerzas irregulares, establece un solemne concurso de feos con motivo del centenario de Colón, personaje el más digno de semejante homenaje. El hecho de no encontrarse retrato alguno de don Cristóbal, prueba algo más que modestia por parte del insigne navegante, que juzgó sin duda más dignos de pasar a la posteridad sus hechos que su cara.

Para que este viril alarde de fealdad resulte digno de la ocasión y del sujeto, LA CARICATURA no perdonará medio alguno de conseguirlo, y se dispone a premiar al hombre más feo de España (nada de extranjeros) con UN MAGNIFICO ESPEJO DE TRES LUNAS Y UN DIPLOMA, expedido por la autoridad competente.

Invitamos a aquellos que se consideren con *deméritos* bastantes para optar al premio, que nos envíen su retrato, respaldado con el nombre, profesión y domicilio del interesado.

Nada de carta adjunta. Podrían caer en la tentación de explicar por qué son feos y, por honrar al padre y a la madre, echar la culpa a cualquier amigo de la familia.

No es preciso que el mismo interesado eche al correo su fotografía; cualquier buen amigo puede, prestarle ese servicio, aunque el otro no se lo agradezca.

A medida que vayamos recibiendo retratos, iremos publicando en LA CARICATURA los más notables, y al pie las iniciales y el pueblo de su ingrata naturaleza.

Los interesados deben expresar también en el respaldo de la fotografía los nombres de los jurados a cuyo fallo quieran someterse.

Así quedará formado por mayoría de votos un tribunal que entienda, y que entienda mucho del asunto; y entre cuyos miembros habrá

- Un FEO HONORARIO.
 - Un FEO EFECTIVO.
 - Dos VICEFEOS.
 - Cuatro SECRETOSFEOS
 - Un CUENTA FEOS, y
 - Número ilimitado de CORIFEOS ó coro de feos.
- Pueblo, aldeanos, músicos, damas, aguadores y curiosos de ambos sexos, que acudirán el día de la coronación al local que oportunamente se designará.

Expuesto ya nuestro atrevido pensamiento y decididos a llevarlo a cabo, con la ayuda de Dios que los oía y el apoyo de nuestros lectores,

EN NOMBRE DE LA CARICATURA (q. D. g.) QUEDA ABIERTO EL GRAN CONCURSO DE FEOS DE ESPAÑA DE 1892.

ESTA DICHO.



LA SEMANA

municipales de San Andrés de Palomar, hombre estudioso si los hay, y que a fuerza de investigaciones y gastándose la retina, ha encontrado el medio de ayudarse y vivir con el escaso sueldo que le da el Municipio.

Veámos cómo Escribe á un particular pidiéndole 1.000 pesetas, y demostrándole matemáticamente la conveniencia de que las envíe, porque de lo contrario, lo revienta en despoblado.

Nadie resiste á la claridad de tal demostración; pero nadie que haya nacido en Cataluña entrega 1.000 pesetas así por agonía más ó menos; y el admirable invento del comandante de municipales ha fracasado en la primera tentativa.

Aquí se rompe el enlace de los sucesos de esta crónica, y si en vez de un *bigote* pudieran poner las cajistas la muralla de la China, aún me parecería poco para aislar el asunto de este párrafo.

El cólera en su aspecto más doloroso. ¿Creen ustedes que no hay más si no ser atacado por la asquerosa epidemia y morir? Pues no señores; eso sería una ganga de las que caen pocas; un cólera providencial que no envolvería responsabilidad para el difunto.

Pero, en la mayoría de los casos, el atacado tiene la culpa del ataque por infracción de las disposiciones gubernativas, y aquí le espera el artículo cuarto, que dice:

«La contravención á las anteriores disposiciones será castigada con multa de 15 á 500 pesetas, según establece la regla 7.ª de la real orden de 27 del actual (Gaceta del 28.)»

De modo que sale el cólera por una friolera.

Y nada más.

Los circos tan animados; la señorita Capitaine, del de Colón, es bellísima, un rayo; que cayó en Tudela carbonizó una estampa de Santa Ana; un devoto se ha muerto de repente en San Sebastián (el Santo pasó un rato de lo peor) y se acabó esta semana de metralla.

Hay años en que no está uno para nada, como dijo el otro.

F. SERRANO DE LA PEDROSA.



COMEDIAS CORTAS

Una señora muy gruesa (llamando desde la acera).
—¡Cobrador! ¡Chist! ¡Chist! ¡Cobrador! Pare usted.
(El cobrador da un tirón al cordón del timbre.—El tranvía se detiene.)
Señora gruesa. —¿Va usted al Barrio?
Cobrador. —¡Señora, todos los tranvías van á un barrio ó á otro!
Gruesa. —¡Al de Salamanca!
Cobrador. —Sí, señora.

Gruesa.—Entonces...
(La señora pone el pie en el estribo.—El coche se inclina un poco del mismo lado, cruzando las maderas.—Los que van en la plataforma se apartan á un lado.)

Viajero 1.º.—¡Ahí va ese!
(La señora gruesa le lanza una mirada terrible y de desprecio y se presenta en la puerta de entrada.)
Varios viajeros.—¡No se cabe! ¡No se cabe!

Cobrador.—Ustedes se callan y no se meten en lo que no les importa.

Uno.—¡Grosero!

Otro.—¡Vaya unos modos!

Cobrador.—Ahí caben ocho asientos, véase el letrero; van siete, luego falta uno. ¡Córrense ustedes!

Viajero 2.º.—Sí, señor, caben ocho asientos, pero ocho asientos normales, no extraordinarios.

Viajero 3.º.—¡Su señora es extraordinaria!

Viajero 2.º.—Cuando una persona es tan gruesa no viaja en tranvía, toma un coche.

Viajero 4.º.—¡O un ómnibus!

Viajero 5.º.—¡O un carro de mudanzas!

Viajero 2.º.—Esto no es un camión, sino un tranvía.

Señora gruesa.—Yo tengo tanto derecho como usted, en pagan lo mis diez céntimos.

Viajero 3.º.—Pero así le sale á usted el transporte á medio céntimo la arroba, y ese precio es inverosímil.

Cobrador.—Unos se compensan con otros. Esta señora tiene de más, lo que tiene de menos aquel sujeto del rincón que parece una truchuela. ¡Total, igual!

El del rincón.—¡Cobrador! ¡Cuidadito con llamarme á mi truchuela! ¡Estamos! Yo tengo las carnes que me da la gana tener.

Viajero 4.º.—Pues poca gana de carne es esa.

Cobrador.—¡Vaya! ¡vaya! ¡No enredemos las cuestiones! ¡Córrense ustedes!

(Los viajeros hacen intención de correrse, pero quedan en el mismo sitio, dejando un espacio de un palmo.)

Cobrador.—¡Vaya! ¡Sientense usted ahí señora.

Señora gruesa.—¡Pero no está usted viendo que no cabe?

Viajero 2.º.—Señora, por Dios, se dice quepo. Menos carne y más gramática.

Señora gruesa.—¡Bueno! Pues no quepo.

Cobrador.—Usted déjese de caer y verá cómo quepo.

Viajero 2.º.—¿También usted? Se dice cabe.

Viajero 5.º.—Yo soy poeta y sé que se dice: «Cabe la selva umbría»

Viajero 2.º.—¡Eso no es cabe, sino cabo... del resguardo.

Cobrador.—Vamos, señora, déjese usted caer.

Señora.—Pero voy á espachurrar á uno.

Viajero 4.º.—¡Protesto, cobrador, protesto! ¡Que llamen á un guardia de orden público!

Viajero 3.º.—No, á un municipal; que los tranvías dependen de los concejales.

Viajero 2.º.—Así están ellos.

Cobrador.—¡Vamos! ¡Se corren ustedes por buenas!

Viajero 5.º.—¡Otra cosa! ¡Que vaya de pie!

Señora.—No me da la gana; para eso pago.

Viajero 4.º.—O que se apee.

Señora.—¡No faltaba más!

Viajero 4.º.—¡Pero, señora, mire usted como van las mulas! Echando los bofes.

Señora.—En los países cultos, cuando una señora sube al tranvía, dos ó tres caballeros se levantan y le ofrecen sus sitios.

Viajero 2.º.—En los países cultos no hay señoras tan gruesas.

Viajero 3.º.—O las desbastan á máquina.

Señora.—Lo que yo digo es que todos ustedes son unos groseros.

Uno.—¡Eh! ¡Poco á poco!

Otro.—¡Cuidadito con lo que se habla!

Otro.—¡Nada de insultos! ¡Eh?

Otro.—¡Miren el morcón!

Otro.—¡La doña Tonelada!

Señora.—¡Pare usted cobrador! ¡Quiero apearme.

¡En éste país no hay educación!

(El cobrador hace sonar el timbre.—La señora desciende y balanceándose se dirige á la acera. Los viajeros respiran con fuerza como aliviándose de un peso.)

Uno de la plataforma.—¡Qué buen ejemplar!

Otro.—Es una mujer de libras!

Otro.—¡De libras carniceras!

Otro.—Yo compadezco á la cama en que duerma.

Otro.—Y yo á su marido, porque si esa mujer come á medida de su volumen!...

Una viajera joven y flaca al oído de uno de *bigote* retorcido que va á su lado.—Arturo, si yo fuera así de gruesa, ¿me querrias tanto como ahora?

El del *bigote*.—¡Sí, vida mía!

La flaca.—¡Y me robarías!

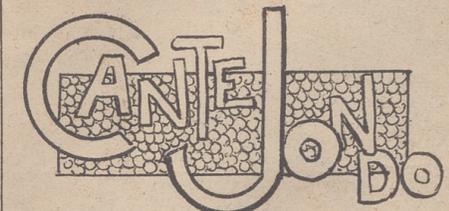
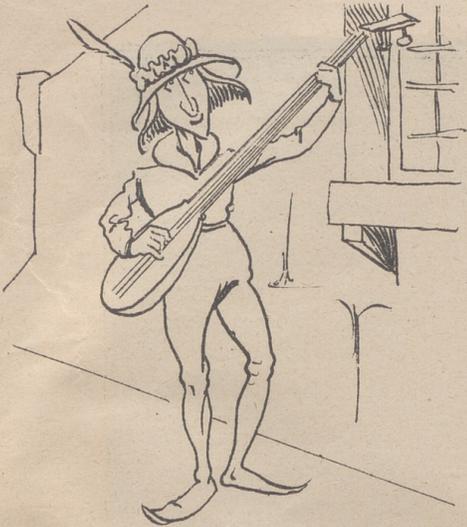
El del *bigote*.—¡Eso sí que no!

(Continúa la conversación.—El tranvía corre con rapidez.—Telón también rápido.)

MANUEL MATOSES.

SERENATA HISTORIETA





«en todos los tristes amores que acaban
hay algo de muerto.»

El buque me espera.
Lejos voy, muy lejos.
Morena, mi vida,
no llores por eso.
Mira, en este mundo,
ni el Sol es eterno.
Se rompen estrellas,
se apagan luceros,
como aibos jazmines
que deshoja el viento;
se enfrían volcanes
y el calor del géneo;
y a los hijos muertos los padres olvidan,
y siguen viviendo.

Alma de mi alma,
de verdad te quiero.
No creas que, ingratos,
ya mis pensamientos
te dejan, y olvidan
los locos eternos
amores jurados.
Tu sangre de fuego,
tus ojos que tienen
calor del infierno,
todavía me roban
la luz del cerebro
y la paz querida
y quemán mis nervios,
cuando amantes besan tus labios febriles
a mis labios secos.

«Eres tú dichosa?»
No lo eres, mi cielo.
Fiebre de pasiones,
lucha de deseos,
abrazos, hastío,
arrepentimiento.
«No pueden ser santos
los amores nuestros!
El buque me espera;
lejos voy, muy lejos.
Morena, mi vida,
no llores por eso.
Ya nuestros vehementes
delirios de besos,
no serán la música
del idilio tierno
que juntos formamos,
amantes, histéricos,
bajo los rosales
de tu pobre huerto.
Pronto separados
por el mar inmenso,
nuestras emociones
serán un recuerdo.
El buque me espera,
lejos voy, muy lejos,
morena, mi vida,
no llores por eso.
«Ya verás en santo
arrepentimiento,
si no la alegría,
la paz que tenemos!»

A pesar de todo,
¡qué triste me siento!
Me parece el mundo
un sepulcro inmenso.
Para mí no tiene
ni la fe consuelo,
ni belleza el arte,
ni el hogar sosiego,
ni mi alegre ermita
benditos misterios.
¡Qué triste es la tierra!
¡Qué negro está el cielo!
¡Qué frío es el alma!
¡Dios mío! ¿qué es esto?
«¡Que en todos los tristes amores que acaban
hay algo de muerto!»

ANTONIO F. DE MOLINA.

BATURRILLO

Asomo la cabeza por entre las lujosas cortinas de LA CARICATURA, y saludo a los lectores de este periódico.

Llamo lujosas las cortinas, pues parecen, más que confección española, tela del Japón, por lo delicado del tejido y la perfección y picaresca gracia de sus monigotes.

Aquí estoy porque... me han llamado.
Vengo, pues, a hablar de mi pleito y me traigo los papeles.

Anda mal el teatro y lo hemos de ver mucho peor.

Cada día, ósea presenta al público un *cabayero* que cambia su habitual ocupación por la de actor de género, ó sea tropezamos con una niña sin voz... ni botas, que precisamente por no tenerlas quiere ser tiple. Y lo consigue.

Porque Bifill, que se sulfura en la butaca, y protesta indignado, y sale del teatro echando chispas y jurando guerra y exterminio a los «improvisados», a la noche siguiente aparece en las columnas de *La Epoca*, tolerante, indulgente, diplomático, en una palabra, débil.

Esta doble naturaleza de *Perico* me encanta. Es espectador, y como espectador, pega; oficia de crítico, y como crítico, aplaude, y si no aplaude, hace de Pilatos: se lava las manos.

Como él pueda hacer retruécanos y jugar del vocablo, ya es feliz.

Véase la clase: «el marido, Sr. Sánchez de León,

sorprende a los amantes, pero logra dominarse, probando a la postre que no es tan fiero el león, como el autor nos lo ha pintado»

Y no se le pidan tonos energéticos, ni verdad desnuda: ésta por piedad y aquellos por bondad de carácter, no palpitan jamás en su bien cortada pluma.

«Y qué me dicen ustedes de Arimón, el juicioso crítico de *El Liberal*? Este es como los tomates, que dicen en *Las campanadas*, crítica por temporadas.

En los estrenos es difícil, casi imposible llegar, atravesando su máscara de cartón piedra, hasta las impresiones de su alma. Aquella cara no dice nada. Frio, impassible, con la mirada vaga, parece que se duerme en la butaca.

Ni aplaude, ni censura, ni casi habla. Y digo casi, porque hasta le cuesta trabajo hablar a sus amigos. Cuando no le gusta una obra, mueve la cabeza en señal de disgusto y a lo sumo dice *sotto voce*:

«Esto es muy malo. Pero le da el fresco de la calle, llega a la redacción, se impregna en la atmósfera de bondad que caracteriza a mi ilustrado y buen amigo Miguel Moya, y entonces ¡a morir! Lo que encontró remotamente malo, se le torna pasadero, y esto es resultado magnífico»

Manuel Matoses, es el único que dice las cosas como las siente: sin consideraciones de ningún género y poniendo los puntos sobre las *ies*; pero es un crítico que presume.

O más claro, que hace lo que le dá la gana, y de aquí que pague a unos y otros no. Deja pasar cosas estupidamente malas, y no tiene ni poca ni mucha consideración con otras que merecen la vida de los duros falsos; pasar y pasar, aunque con muchísimo trabajo.

Es un crítico caprichoso que, como los toreros viejos, trabaja cuando quiere, y quiere pocas veces.

Con tales antecedentes ¿cómo tiene que ir el teatro?

Pues... como vá, que no puede ser peor. Contribuye a esto también nuestro Conservatorio. No ha dado a la escena otra gloria artística que el joven Jeréz, parte por medio de la caravana artística que ha actuado durante el verano en el corralillo de Recoletos. Y ya ven ustedes, que ese Jeréz es un mal arañillado de á poseta la botella con casco y todo.

Conmigo están los cómicos de menor cuantía, dados al demonio. Vivían tan *subrosamente*, haciendo su voluntad, envaneciéndose con los bombos de la prensa y cobrando grandes soldadas; pero ahora se sublevaron porque hay quien les dice: ¡Eh, que ustedes no son artistas sino unos bufones ridículos ó unos payasos grotescos! «Sobre todo las señoras debían ser respetadas», dicen los genéricos.

Y yo pregunto: ¿esas señoras no cobran? ¿No son artistas? Pues entonces, que oigan los consejos de la crítica, que buena falta les hace.

Además, que puedan hacerse las advertencias tan finamente. ¡Ya lo creo! ¿Quiéren ustedes convencerse?

Allá voy.

—A los pies de usted, señorita María González. Asisti al beneficio de usted en el Tivoli y presencié la *reprise* de *El monaguillo* y de *Los zangolotinos*. En la primera de las obras citadas me pareció usted mal, pero en la segunda mucho peor. Es usted bonita como manojo de flores y su cuerpo parece modelado por Fidias en el momento de su más alta inspiración, más usted no es tiple cómica. No, señorita.

Le falta a usted gracia, no sabe usted cantar, y sus movimientos son exajerados y bruscos. ¿Por qué, mi distinguida amiga, se mete usted en camisa de once varas?

Además, en *Los zangolotinos* representa usted una niña que viene del colegio, ¡por qué se llena los dedos de brillantes, los brazos de pulseras y el pecho de ricas preseas?

Satisfaga usted, distinguida señorita, esta curiosidad mía. Yo se lo ruego.

Si usted interpretara el papel de una prendera rica ó de una carnicera adinerada, cuadraría bien ese lujo de oro y brillantes.

A María Montes, que es una *barbiana*, podría yo decirle: Como graciosa, hay pocas mujeres que puedan competir con usted. Cuando echa usted una mirada intencionadilla ó hace un gracioso guiño, no hay más que entregarse.

En cambio, como tiple, no tiene usted más que una cuerda, la del *cante*; y aun en esta me dice quien lo entiende que no se la debe aplaudir, porque esas malagueñas que usted canta son falsificadas. Lo serán; pero a mí me gusta verla con el pañuelo á la cabeza, rodeando su cara de gitani-lla y el mantón de Manila, envolviendo con sus pliegues y sus largos y pesados flecos de seda, ese cuerpo airoso, por cuyos pedazos estoy muriéndome.

Me resulta usted aceptable de *flamenca* ó visitando el traje de granuja en el *Coro de señoras*. Parece usted un escapado de la calle del Sombrete, que ha logrado llegar hasta la concha del apuntador.

La Srta. Pino, que es majestuosamente hermosa, es otra tiple que, como tal, puede ser calificada como una desdicha.

Ni habla, ni canta, ni hace cosa que merezca la pena.

No sabe más que *enseñarse*; se presenta bien. Cuando sale á escena dice, todo el público con asombro: ¡¡Ah!!

Pero apenas abre la boca exclama ese mismo público: ¡¡U!!!

Y no digo nada de la señorita Lamaña, porque la dejo para mejor ocasión, ni de la Comas—que adelanta como el cangrejo—ni de la Parrita, ni de la Segura, ni de la Corona, ni de la Franco—que me temo no llegue jamás á duro—ni de otras mil que ya irán recibiendo mi visita.

Honradamente creo, que no falta al respeto de las tiples, diciéndoles lo que pienso de sus facultades artísticas. *El ministro de Portugal en Los Diamantes de la Corona* lo ha dicho: «En los negocios de Estado, la buena forma es el todo.»

Y lo que es de forma, me parece que no estoy mal.

EL ABATE PIRACAS.

LOS HOMBRES DE LA DÍA

José Zorrilla.

Yo soy aquel bardo que en días lejanos correr quiso el mundo con loca ambición: jugaba las armas, jugaba las manos jugaba la pluma, jugaba un doblón.

Mis versos tenían, del boia terrible, la línea ondulosa, brillante el color, y hacía con ellos cuanto era posible, rompiendo la estrofa de un modo increíble, teniendo mi gusto tan solo por norte, y dando con ellos de punta, de corte, de filo, de lomo, de plano, de pomo, como un tirador que esgrimiera la fúlgida espada, marcando con ella la música hablada del *típiritaino* y el *típiritón*.

Mis hijos del alma, familia ilusoria, *Inés*, *Margarita*, el *Cristo* y *Don Juan*; la página hermosa que ocupó en la historia, mi carro de triunfo, mi nimbo de gloria: vosotros me disteis, en premio á mi afán.

Y hoy vive tranquilo, sin una sorpresa, aquel cuyo vuelo cansaba al condor; ni goza en las fiestas, ni goza en la mesa; ni come, ni bebe, ni chupa, ni besa, ni tira, ni juega, ni canta el amor.

R. S. P.

La Caricatura

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA
SE PUBLICA LOS SÁBADOS

ADMINISTRACIÓN, CHURRUCA, 4, BAJO.
MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias: Semestre 4 pesetas.—Año, 7 pesetas.

Ultramar y extranjero: Año, 10 francos.

En provincias no se admiten suscripciones por menos de un semestre, y en Ultramar y extranjero por menos de un año.

El pago es adelantado.

VENTA

Número suelto 15 céntimos.—Id. atrasado, 30 céntimos. Corresponsales y vendedores 10 céntimos número.

Toda la correspondencia á nombre del Administrador, D. RAMON MILLET.

Anuncios á precios convencionales.

LA CARICATURA.



LOS HOMBRES DEL DIA.--JOSÉ ZORRILLA.

17-MENDEL-Instal. de Asturias 92. n